

El surgimiento de la religión maya *cruzo'ob*. La tradición oracular y los especialistas rituales

Daniela Sánchez Aroche

Posgrado en Estudios Mesoamericanos

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Desde la época precolombina quedaron plasmadas en piedra, madera y papel nociones de cómo debió formarse y ordenarse el cosmos, producto de una visión particular de ver y entender el entorno biofísico. Particularmente, los mayas formularon un sistema religioso que, a partir de diversos procesos históricos y sociales, comenzó a sufrir transformaciones. Al principio, la figura del soberano era la que conservaba el vínculo entre potencias sacras, pues dominaba las fuerzas sobrenaturales desde la tierra, su figura debía estar marcada como una de las más bellas pero sobre todo, complejas, pues siendo el eje, desempeñaba una tarea difícil que requería un compromiso y entrega total.

En comunión con las potencias de ámbitos celestes, terrestres e infraterrestres este complejo evolucionó, incorporando deidades, producto de relaciones con otros grupos mesoamericanos, así como también el incremento poblacional y la sobreexplotación de los recursos naturales ocasionaron la presencia de un conjunto de personajes con características específicas, los cuales auxiliaban al *halach uinic* en su quehacer de mantener la armonía cósmica; sus funciones se centraban en la curación de enfermedades, mediciones astronómicas, cálculos matemáticos relacionados con el tiempo y cuestiones mágicas, por nombrar algunas.

Al arribo de los hispanos esta agrupación se vio amenazada por el comienzo del proceso evangelizador encabezado por la orden franciscana, la cual pretendía erradicar de raíz toda concepción indígena. El modelo de vida de los recién llegados no tenía cabida para aceptar costumbres nativas de ningún tipo: la organización social, política y religiosa de los oriundos de Yucalpetén sufrió transformaciones drásticas; ante estos embates, su respuesta fue la de resignificar y reinterpretar la nueva doctrina y liturgia, para que de esta manera, pudiesen continuar la comunicación con planos suprahumanos.

La persecución y el aniquilamiento de aquellos que no deseaban olvidar sus creencias provocaron la huida hacia el monte y zona de difícil acceso, encabezando esta fuga los especialistas rituales, quienes fundaron poblados para continuar con sus prácticas religiosas, las cuales incorporaron elementos católico cristianos.

La figura de éstos volvió a obtener reconocimiento, pues a través del tiempo, continuaron su comunión con los dioses y espíritus de la selva y los montes, auxiliados por la aparición de las figuras de los santos católicos; los mayas no pretendían alejarse de las concepciones ultramarinas religiosas, por el contrario, construyeron una nueva religión mayanizada que tenía como figura principal a la Santísima Cruz o Cruz Parlante: dotada del don de la palabra, se manifestaba a sus fieles mediante los *nohoch tata*, especialistas que fungían como sacerdotes en la iglesia maya construida para albergar a esta hierofanía. El devenir del tiempo y las situaciones bélicas a las que se enfrentaron, suscitaron la edificación de pueblos santos situados en la selva oriental yucateca, conocida en el siglo XX con el nombre de Quintana Roo.

El objetivo de la presente investigación es demostrar la transformación de la religión maya *cruzó'ob*, producto de la condensación religiosa entre ésta y la doctrina occidental, enfocando nuestra atención en el análisis de este proceso, mediante disciplinas como la arqueología, la historia y la etnografía para determinar los cambios y continuidades que hasta hoy observamos en el culto a la Santísima Cruz. Desde nuestra perspectiva, existen dos aspectos fundamentales en su desarrollo: la tradición oracular que desde tiempos ancestrales ha estado presente

en la zona y la función desempeñada por los especialistas rituales al establecer vínculos con este objeto ritual.

La religión maya prehispánica

Comenzaremos por entender por qué hablamos de religión maya:

La religión fue el fundamento de la vida comunitaria. Las distintas creaciones culturales emergen de una peculiar concepción religiosa del mundo, según la cual el universo entero está permeado de energías sagradas, que desplegándose en múltiples combinaciones, determinan todo acontecer. Las diversas figuras simbólicas en que se manifiesta lo sagrado entre los mayas, así como sus variadas prácticas rituales, constituyen una religión acorde con la pluralidad que en todos los órdenes revela su cultura y con el sentido de profunda unión con la tierra y con la vida que caracteriza los pueblos mesoamericanos (De la Garza, 1998: 197-199).

El origen del universo, de los niveles cósmicos y del hombre mismo fue gracias a la fuerza generadora y creadora de los dioses. Son ellos quienes dotaron todo de energía y de existencia. Estos se encontraban en quietud, en el otro lugar, en medio del caos y la oscuridad. Todo se encontraba sin sentido y sin orden alguno, las aguas primigenias guardaban en sus entrañas a la tierra y el cielo aún no se había formado.

De esta oscuridad, de las entrañas del mar, surgió la tierra, las montañas, los árboles, los cuales, según el *Popol Vuh*, fueron creados por Tepeu y Gucumatz. Amaneció, se despejó el cielo y la tierra estaba ya presente. Los quichés como los yucatecos de Chumayel comparten la idea del origen de la vida basado en las aguas primigenias las cuales permiten generar existencia: es gracias a este elemento que la tierra puede aparecer y ofrecer alimento y subsistencia al hombre, a los árboles y a las plantas.

El espacio que el hombre habitaría estaba ya creado, pero ¿cómo se estructuraría y organizaría el mundo? Los niveles cósmicos fueron

creados para que cada entidad anímica, tanto los dioses como los seres vivientes, tuvieran un lugar para coexistir, ejerciendo cada uno su función de reciprocidad y respeto mutuo. Una vez formada la tierra, los espacios que darían cobijo a los dioses serían el cielo y el inframundo, conteniendo el primero a los dioses celestes con cargas masculinas, luminosas y calientes; el plano inferior sería espacio de seres de la noche, con sustancias frías y húmedas.

La contemplación y comprensión de los movimientos astrales así como los ciclos estacionales permitieron un mejor conocimiento del cosmos en un plano dimensional, ya no sólo era visto como un vértice transversal sino que también tenían una dimensión horizontal. El Sol y la Luna desempeñaron la función de mostrar tanto el trayecto recorrido por los niveles cósmicos como también la marcación de los puntos que conformarían los rumbos del Universo:

Respecto al origen de estos cinco puntos direccionales podría este atribuirse a los que señala el sol, tanto en su salida como en su puesta, en el momento de su declinación máxima en los solsticios, se tendrían así dos puntos al salir y ponerse el sol el 21 de junio (solsticio de verano) y otros dos al salir y ponerse el 21 de diciembre (solsticio de invierno). El quinto punto estaría representando el momento de pasar el sol por el cenit (Villa Rojas, 2003: 136).

La cosmovisión que inició como un culto a ciertos elementos naturales se transformó en un complejo sistema encabezado por un soberano que funge también como especialista, conocedor del entorno biofísico, pronosticador de fenómenos y eventos astrológicos que permiten mantener tanto el espacio terrestre como el plano sideral e infrahumano en perfecta armonía: los valores que debía transmitir estaban relacionados con el orden plasmado en la concepción quintupartita del universo en donde el centro era él y a partir de éste se originaban los cuatro rumbos.

El soberano comandaba las fuerzas sobrenaturales a la par que la sociedad ejercía el trabajo físico en los campos, ríos, mares y selva; el equilibrio cósmico no se podía lograr sino existía un respeto por el entorno, por cada uno de los elementos que se encontraban en éste, desde

la más mínima partícula de tierra, hasta el imponente mar, debían ser tratados como algo que contenía en sí una potencia divina (Florescano, 1999: 36-40).

Las fuentes coloniales recobran memorias de las aptitudes que debía tener el soberano para poder traspasar otras dimensiones, pero sobre todo, legitimarse como verdadero vínculo cósmico:

Grandes señores prodigiosos eran los reyes portentosos Gucumatz y Cotuhá, y los reyes portentosos Quicab y Cavizimah. Ellos sabían si se haría la guerra y todo era claro ante sus ojos; veían si habría mortandad o hambre, si habría pleitos. Sabían bien que había dónde podían verlo, que existía un libro por ellos llamado *Popol Vuh*.

Pero no sólo de esta manera era grande la condición de los señores. Grandes eran también sus ayunos. Y esto era en pago de haber sido creados y en pago de su reino. Ayunaban mucho tiempo y hacían sacrificio a sus dioses.

[...] Cumplían con grandes preceptos, y así demostraban su condición de Señores.

Tampoco tenían mujeres con quien dormir, sino que se mantenían solos, ayunando. Estaban en la casa del dios, estaban todo el día en oración, quemando incienso y haciendo sacrificios. Así permanecían de anochecer a madrugada, gimiendo en sus corazones y en su pecho, y pidiendo por la felicidad y la vida de sus hijos y vasallos y asimismo por su reino, y levantando sus ojos al cielo (Recinos, 2003: 155-156).

Durante las primeras centurias de la historia maya, los territorios que contenían los centros políticos religiosos más importantes se encontraban en la parte comprendida por lo que hoy conocemos como Chiapas, Guatemala, Honduras y Yucatán, siendo los linajes palencanos y copanecos los que se estructuraron en sistemas políticos religiosos que imperaron en el periodo Clásico. La aportación que mostraron fue la legitimación de sus dinastías a través del culto a los ancestros divinos, los cuales otorgaban al monarca la capacidad de manejar un grupo social con base a sus conocimientos tanto del espacio (entorno biofísico),

como del tiempo (cuentas calendáricas, conocimientos astronómicos y matemáticos).

El incremento de la población así como la explotación de los recursos naturales fueron factores que propiciaron en cierta medida la incorporación de nuevos actores en la estructuración del grupo político, religioso y militar; de esta manera el poder que antes recaía en una sola persona era ya distribuido en especialistas y auxiliares.

La especialización llegó también a sectores de servicios, comerciantes y artesanos fueron encargados tanto de expandir y localizar nuevas rutas de intercambio como de manufacturar diversos objetos con un valor religioso y de reciprocidad. Según Piedad Peniche Rivero, la sociedad en el periodo Posclásico fue comandada por el poder de los comerciantes (Peniche Rivero, 1990: 23).

La importancia que llegó a tener la Costa Oriental para el periodo Posclásico se vio reflejada en la manipulación y utilización de las vías fluviales, las cuales, desempeñaron un papel crucial tanto en la mantención de una sociedad en incremento (gracias a la pesca y a la recolección de diferentes especies marítimas) como en la interacción con grupos vecinos y foráneos (Vargas Pacheco, 1997: 47-57) (figura 1).



Figura 1. La costa oriental, Tulum, Quintana Roo.

Las fuentes coloniales y la tradición oracular

Siglos antes de la llegada de los europeos, la costa oriental yucateca gozaba de una importancia basada en el comercio marítimo y el militarismo, siendo estos factores que propiciaron la construcción de estructuras edificadas a ciertas fuerzas sagradas que les propiciaran bienestar en sus tratos mercantiles y políticos: Ix Chel y Chaac por sus características hídricas fueron los regentes allende del mar; sus santuarios estaban localizados en los territorios de Cozumel, Isla Mujeres y Chetumal provocando que cruces de cal fueran colocadas junto a éstos como símbolo de un poder que regía a las deidades de cada rumbo (figura 2).

La Relación de la Gobernatura de Yucatán es una de las fuentes que mencionan la importancia que tuvo Cozumel en la antigüedad como puerto marítimo y como centro de peregrinaciones:

Y la isla de Cozumel, que son dos pueblos de mi encomienda, además de los de arriba, los indios antiguos de ellos dicen que nunca fueron sujetos a ningún señor, sino libres, y que antes toda esta tierra e indios iban de ordinario a la dicha isla a adorar cierto ídolo que tenían en ciertos edificios antiguos, a quien veneraban mucho; que iban a la dicha isla a adorar el dicho ídolo como si fueran a ganar perdones, porque iban desde Tabasco y Xicalango y Champotón y Campeche, y de otros pueblos lejanos venían a ver y adorar el dicho ídolo, y en los dichos edificios adonde estaba el dicho ídolo tenían y estaba un indio viejo, que lo llamaban Ah Kin, que quiere decir en nuestra lengua clérigo o sacerdote, y los indios que iban a ver el ídolo hablaban con el dicho Ah Kin y le decían a lo que venían y lo que querían, y el dicho indio viejo Ah Kin hablaba con el ídolo o con el demonio, que dicen estaba dentro de él, el cual le respondía a todo lo que le preguntaba y sabían de él todo lo que querían, y el dicho indio viejo Ah Kin volvía la respuesta que el ídolo les daba, por manera que los indios todos de esta tierra iban a saber del ídolo todo aquello que querían, y el indio viejo, después de haber hablado con el ídolo, les daba la respuesta, y le llevaban de presente todo

aquello que tenían de sus cosechas, y este ídolo se llamaba Ix Chel, y este nombre llamaban a este ídolo, y no me supieron dar razón los indios qué quería decir Ix Chel y por qué le llamaron así (De la Garza *et al.*, 1983: 187).

Los dioses no sólo se manifestaban visualmente sino que, con ayuda de especialistas, podían también expresar sus decretos de forma oral, siendo el *chilam* su medio transmisor que divulgaba a los sacerdotes y al pueblo los mandatos divinos. El *ahau can* tenía como función el asesoramiento de los señores y en responder a sus consultas, nombrando sacerdotes para los pueblos, instruyéndolos en el servicio de los templos, la enseñanza y elaboración de libros de conocimiento. El *ah kin* era considerado como sacerdote regular del culto solar con un conocimiento calendárico exacto, señalando las fechas adecuadas para la celebración de fiestas, tareas agrícolas y la pronosticación de la carga positiva o negativa de los periodos, enseñando también los misterios de la escritura jeroglífica (Bartolomé, 1992: 56-59).



Figura 2. Posible representación de la Ix Chel, Templo de los Frescos, Tulum.

La conquista española comenzó su proceso en 1527, siendo Francisco de Montejo el Adelantado quien obtuviera las concesiones y apro-

baciones para conquistar el territorio, arribando primeramente a Xelhá (Chamberlain, 1982: capítulos I y II). El proceso de invasión estuvo permeado de altibajos provocados por el clima, la dificultad del terreno y el brote de enfermedades que alargaron su victoria, concluyendo así en el año de 1547 la conquista de Yucatán.

Al concretarse la conquista del Mayab, los franciscanos fueron la primera orden religiosa que estaría a cargo del proceso evangelizador, trabajando en la conversión de los mayas al cristianismo. La propuesta innovadora que presentaron ante la Corona permitió que fuesen elegidos para convertir a los naturales al cristianismo, teniendo como objetivo extirpar todo signo de “idolatría” y “herejía” por medio de un trato “justo” y “humanitario”, sin dejar de lado el hecho de que serían siervos de España y debían brindar a ésta trabajo y sumisión: juntos construirían un imperio poderoso, pero sobre todo, una comunidad cristiana perfecta (Caso Barrera, 2002: 47).

Pero no todos sentían una aceptación por las nuevas creencias, manifestando su inconformidad al no asistir a los sermones o bien, negando a sus primogénitos la asistencia y enviando a sus sirvientes a que los sustituyeran. Los más reacios eran los nobles y especialistas, quienes eran transmisores del conocimiento y costumbres antiguas; algunos no conformes, no dejaban de realizar sus prácticas ancestrales. Otros vivían en una situación ambivalente, colaborando con los religiosos como maestros y auxiliares en capillas e iglesias.

Para adentrarnos un poco más en lo que los mayas pretendían, tomaremos la propuesta de Anthony Wallace, el cual formuló el término *movimientos de revitalización* traducido como esfuerzo deliberado, organizado y consciente por parte de los miembros de una sociedad para construir una cultura más satisfactoria (Citado en Reifler Bricker, 1989: 121).

Uno de los mecanismos que utilizó el indígena para proseguir con sus ritos y cultos antiguos fue la revitalización de símbolos cosmológicos oraculares, semejantes en forma y significado a los recién impuestos: el símbolo de la Cruz había sido bien socorrido por los naturales que la relacionaban con la distribución geométrica, ubicando en cada lado un dios regente de ese rumbo que era socorrido por deidades del

viento, agua y cargas energéticas. Su instinto combativo recurrió a su empleo en revueltas y levantamientos, sacrificando en ella a seres humanos, colocándola en altares al lado de sus dioses para expresar el reconocimiento que le otorgaban como intermediario divino.

La revitalización simbólica se vio inducida asimismo por los cambios en la estructura social que provocaban la interacción de grupos que antiguamente no tenían una relación con tanta cercanía. La distribución que decretó la legislación española había permitido que, en ciertos casos, mayas con linajes nobles (*almehen*) ocuparan cargos de gobernadores, alcaldes y mayordomos, que si bien tenían que desempeñar funciones de control y seguimiento religioso, accedieron a establecer una relación entre los campesinos que conocían los rituales en las milpas, selvas y cenotes compartiendo conocimientos para la articulación de una religión que, a la par de incorporar símbolos, propiciaba la revitalización de un culto a la naturaleza.

La tradición oracular entendida como un acervo de saberes que permiten la comunicación entre los hombres y planos sagrados, expresando sus necesidades y deseos por medio de hierofanías manipuladas por un interlocutor, fue practicada por los mayas desde tiempos ancestrales hasta la llegada de los hombres de Castilla:

Tampoco tendrá fuera de propósito traer a la memoria, cuan perseguida y alborotada estuvo la villa de Valladolid mi patria por los años de mil y quinientos y sesenta, según mi cuenta, con un demonio parlero o duende (caso estupendo e inaudito) que hablaba y tenía platica de conversación, con cuantos querían hablarle a las ocho o diez de la noche a candiles apagados y sin luces, el cual hablaba a modo de un papagayo, y respondía a cuanto le pedía... (Sánchez de Aguilar, 1900: 110)

Los mensajes oraculares fueron una vía de escape y libertad que encontraban para continuar con la interacción entre el mundo intangible y terrenal solicitando lo necesario para subsistir tanto material como espiritualmente.

Durante la etapa colonial la demolición de templos y recintos sagrados provocaría el surgimiento de santuarios naturales (milpas, bosques, zonas fluviales) que desempeñaban funciones reforzadoras de su identidad, presentándose como escenarios míticos donde los dioses permanecerían sin temor a ser olvidados.

Las políticas eclesiásticas vieron en los indígenas una veta de riqueza, obligándoles a pagar un diezmo y obvenciones parroquiales por el hecho de haberlos evangelizado, aunando también tarifas más elevadas por conceptos de bautizos, bodas y funerales; las cofradías fueron creadas con el propósito de atender y mantener las fiestas del santo patrono donando dinero, productos o trabajando las tierras pertenecientes a la misma.

Su importancia radicaba en el hecho de reunir a un considerable grupo de mayas, permitiéndoles un espacio de actividad independiente aceptada por los religiosos; asimismo, la participación activa como sacristanes y cantores los introducía a un conocimiento más profundo acerca de los santos pero sobre todo, de la parafernalia que englobaba a la religión cristiana: el uso de velas, imágenes, túnicas, ostias, vino ritual y cruces los adentraba a un complejo religioso que estaba siendo mezclado con su antigua cosmovisión.

Para lograr el éxito de ésta mixtura, muchos indígenas se desempeñaron como maestros de capilla o fiscales conocidos como *cambe-sah*, adoctrinando a niños y adultos con la enseñanza del Credo, Padre Nuestro, el Ave María y la persignación en forma de cruz; al mismo tiempo los obligaban a asistir todos los domingos a misa y participar en las fiestas anuales dedicadas al santo patrono (Bracamonte y Sosa, 1994: 72-73).

El progreso y crecimiento económico durante los siglos XVII y XVIII estuvieron basados en las condiciones laborales pero sobre todo, la propiedad de la tierra desempeñó un papel de suma importancia por los productos que se adquirían de su explotación: semillas, maíz, algodón, miel, animales de corral, añil, henequén y maderas fueron algunas de las exportaciones yucatecas que llegaban a diversas zonas del territorio y países vecinos (Bartolomé, 1992: 97).

A mediados del siglo XVIII la Ilustración había arribado desde Europa y la Corona estaba en manos de los Borbones, decretando la división territorial en intendencias, restando poder a los criollos yucatecos. La llegada del siglo XIX trajo consigo nuevas propuestas políticas a favor de una igualdad y libertad de pensamiento que no encajaba más con la regencia española: en todo el territorio, la clase mestiza estaba deseosa de incursionar en ámbitos políticos y económicos, descentralizando el poder de los criollos y de la monarquía española: la Independencia de México tuvo repercusiones en el sistema económico yucateco, afectado por la promulgación de la Constitución de Cádiz de 1812, la cual decretaba la abolición de los repartimientos, servicios personales y obvenciones parroquiales.

Al establecerse la soberanía de la Nueva España se decretó la creación del nuevo imperio mexicano en donde aparecieron dos facciones con ideas políticas contrarias: por un lado los centralistas que convirtieron a los estados en departamentos administrativos eligiendo a los más ricos para ocupar los puestos de gobernadores, decisión que afectaba severamente los intereses de la clase gobernante yucateca con ideas federalistas, observando derramas por la pérdida de tarifas protectoras, arruinando la navegación e industria azucarera; no había más remedio que iniciar una rebelión en contra del sistema centralista.

Santiago Imán, capitán de la milicia del estado se encargó de la formación de un batallón compuesto por una gran cantidad de indígenas que hartos de sus circunstancias sociales, se levantaron en armas con la promesa de suprimir las obvenciones y entregarles terrenos para cultivar. La oportunidad de lograr una mejoría en sus condiciones no fue esperada y prontamente, muchos indígenas provenientes de regiones marginadas, cansados de abusos e injusticias se alistaron en un ejército que les propició armamento y entrenamiento militar. En 1840 obtuvieron su primera victoria en contra de tropas mexicanas ubicadas en Campeche. Declararon que mientras México no volviera a un sistema federal, serían independientes reformando el estado con nuevos oficientes nombrando a Santiago Méndez como gobernador y a Miguel Barbachano como vicepresidente.

La legislatura yucateca ladina no vislumbraba ser conformada por indígenas mayas a pesar de que muchos *almehen* habían sido instruidos y eran personajes letrados y respetados por toda la comunidad. El momento para mostrar las paulatinas transformaciones socioreligiosas en su imaginario llegaba y los líderes de este movimiento serían los caciques indígenas y mestizos que habían contemplado gradualmente la pérdida de sus derechos y poderes.

Los pueblos libres del Sur y Oriente se mostraban más agresivos y recalcitrantes organizándose bajo el mando de los antiguos *batabes* Cecilio Chi, Jacinto Pat y Manuel Antonio Ay quienes fungieron como los primeros dirigentes de grupos de hasta cuarenta o cincuenta nativos. La organización llevada a cabo comprendía la transportación de víveres y armamento adquirido en Belice hacia la hacienda de Culumpich, propiedad de Jacinto Pat, cacique de Tihosuco (Bricker Reifler, 1989: 186).

Tal parecía que los mayas iban cosechando triunfos y victorias, pero su imaginario antiguo y la falta de un verdadero liderato sobre todo divino, les indicaba que era el momento de regresar a las milpas para comunicarse con las potencias sagradas, escuchando el camino a seguir: los mayas simplemente se retiraron. Los generales yucatecos avanzaron eliminando a cualquier indígena que se cruzara por su paso, quemando ranchos, milpas y cosechas para aniquilarlos también de hambre.

Los años en los cuales los mayas rebeldes estuvieron reclusos en la selva sirvieron para realizar una retrospectiva acerca de los hechos suscitados con anterioridad: la falta de palabra de los *dzules*, las artimañas que habían utilizado para hacerles creer que reconocían sus necesidades, sus deseos de igualdad y libertad y la incursión del ejército para aniquilarlos y castigarlos por los actos cometidos, llevaron a plantear la posibilidad de dividir la península y crear en la región oriental su propio gobierno.

Venancio Pec, Florentino Chan, José María Barrera y Bonifacio Novelo eran los nuevos jefes que restablecerían el conflicto armado, esta vez, por medio de una hierofanía que los invitaría a luchar para mejorar sus condiciones, pero sobre todo, a combatir por una nueva religión representante de su identidad y costumbres culturales. La aparición de la Santísima Cruz tuvo lugar en la selva oriental: Barrera junto con

Manuel Nahuat fueron el primer patrono y primer intérprete respectivamente. Originalmente, Barrera había encontrado un árbol en donde se había aparecido una cruz posteriormente de haber grabado el mismo tres cruces marcadoras del cenote, no obstante, lo que captó su atención fue el hecho de estar dotada con el don de la palabra, diciendo ser la propia Trinidad (Hahal Dios, Yumil Jesucristo y Espíritu Santo) que por orden del Padre, había bajado a la tierra para aconsejarlos y protegerlos en su lucha contra los blancos (Villa Rojas, 1978: 97).

La tradición oracular que seguían manteniendo a través del habla, de lo escrito y de lo escuchado, provocaron que el 15 de octubre de 1850, la Cruz hablara por primera vez a su pueblo: la revelación de una hierofanía oracular contenida en el símbolo cósmico del árbol los hizo organizarse, edificando primeramente un pequeño templo hecho de palma al que sólo la luz de las velas y los esporádicos rayos de sol que entraban lo alumbraban: la Santísima junto con sus cruces hijas fue colocada en un altar llamado La Gloria al cual tenían acceso sólo los principales. En La Gloria se colocaban junto a las cruces flores, jícaras con semillas de maíz, frijol, calabaza, *balché*, *saca*, tortillas, resina de *pom*, espejos, rosarios, listones, hojas de albahaca, romero, *chacá*, *halal* y *kanan* pues las cruces necesitaban un espacio que les proporcionara alimento y descanso para conservar la comunicación con sus hijos. Para que la voz de la cruz fuese escuchada por todos, se colocó un barril en la parte posterior del mismo, en donde el intérprete se introducía para pronunciar las proclamas y ordenanzas; el madero producía que el sonido escuchado tuviera un tono hueco y cavernoso, creando una voz misteriosa e impactante.

Como la Santísima y sus hijas habían sido robadas con anterioridad por Novelo y sus soldados, se instauraron las compañías o guardias encabezadas por el *nohoch tata* (Gran Padre) con su equivalencia occidental a un obispo, oficiando misas, bautismos y matrimonios; era el sacerdote supremo, patrón y guardián principal de la Cruz. Lo secundaba en importancia el *tata polín* o intérprete de la Cruz, quien se introducía al hueco de madera y proyectaba su voz. Sus conocimientos de lectura y escritura latina lo colocaban en una posición privilegiada como en la antigüedad, en donde sólo algunos cuantos poseían el arte de plasmar pictográficamente los mandatos divinos (Reed, 1971: 162-163).

Los maestros ocupaban un espacio secundario, siendo los auxiliares del *nohoch tata* en la celebración de misas diarias, novenas y rosarios; los secretarios (escribas) cumplían una función de suma importancia por ser los únicos que sabían leer y escribir en maya guardando la correspondencia y *santo huun* (Libros Santos) integrándose a esta tipología los almanaques, doctrinarios, catecismos, biblias y manuscritos en lengua maya como cuentos, leyendas, anotaciones personales, profecías acerca del Juicio Final y crónicas de hechos acaecidos con anterioridad. Una de sus ocupaciones primordiales era el informar el nombre del santo que correspondía al recién nacido, augurar el estado del tiempo, anunciar las fases lunares, días propicios para la siembra y celebración de fiestas y ceremonias (Villa Rojas, 1978: 215).

Los *h-men'ob* eran una gama de especialistas con funciones específicas referentes a la curación de enfermedades y la adivinación, utilizando una especie de canicas transparentes o tapas de cristal denominadas *zaztun* o *xunan*, asimismo los fragmentos de obsidiana eran muy apreciados. Para emplearlos en consultas, solían remojarlos en ron, *balché* o *saca* (bebidas frías) que tranquilizaban al cristal, observándolo a la luz de una vela tratando de percibir una estrellita si la respuesta era favorable.

Su división la conformaban los *dzadzac* (yerberos) utilizando una extensa variedad de plantas para la cura de enfermedades; los *ah-kin* adivinaban por medio de los granos de maíz; los *yoot'* actuaban como frotadores expulsando enfermedades provocadas por aires alojadas en los músculos; los *uscinah-bac* se dedicaban a sobar los huesos; los *ah botbat* predecían el tiempo adivinando sucesos pasados, presentes y futuros (Bartolomé, 1992: 221).

El conflicto seguiría por varios años y los *cruzo'ob* sabían que la clave para lograr una victoria segura era la organización basada en las ordenanzas de la Cruz, por esta razón, después de crear una zona de refugio, un santuario dedicado a su insignia divina y designar los cargos religiosos, lo siguiente fue establecer un sistema militar que si bien desde 1847 ya existía, su ajuste fue instigado por la aparición del triunvirato divino; los grados estaban compuestos primeramente por generales, comandantes, capitanes, tenientes, sargentos, cabos y rezadores. Otros personajes importantes eran el *tata chikiuc* o general de la plaza, el *tata*

nohochzul o Gran Padre Espía, encargado del espionaje militar, teniendo agentes regulares entre los ladinos. En conjunto eran conocidos como compañías, combatiendo en una zona específica (Careaga Viliesid, 1998: 121).

Las fechas de grandes convites y festividades celebradas en honor a su divina gracia eran el 8 de diciembre (Concepción de María), 3 de mayo (La Santa Cruz), el primer jueves de junio y Semana Santa. Es interesante señalar sobre este punto la relación existente entre las fechas del calendario cristiano con el calendario agrícola maya siendo los meses de febrero a marzo la tumba y desbrozo del monte, abril la quema, mayo la siembra, de junio a septiembre la temporada de lluvia, de septiembre a octubre la cosecha del maíz nuevo, desde octubre hasta diciembre el comienzo de la cosecha, desde diciembre hasta febrero fin de la cosecha y desde febrero hasta marzo el desbrozo.

La devoción por la Santísima vio su mayor crecimiento durante los años de 1856-1869, fundando así los poblados de Chunpom, Chancah, San Antonio Muyil y Tulum, conteniendo cada uno su propio santuario, Cruces Santas y compañía:

Cuando la Cruz salió en el Cenote dio su bendición al árbol y de él salieron las órdenes... en las puntas del Árbol estaban los mensajes. Esta Cruz era la primera vez que salía entre los macehuales. En la Cruz fue clavado Jesucristo, la Cruz fue amiga de Jesús y por eso El la dejó entre los macehuales, para que se pudieran comunicar con Jesús... Cuando los soldados agarraron a una mujer ella les dijo que los macehuales recibíamos órdenes al Santo Árbol desde La Gloria, como telegramas. Por eso los “huaches” (soldados mexicanos) cortaron el Árbol... Pero como al cortar el Árbol los huaches no ganaron la guerra, para dar gracias y porque sabíamos que de allí vendrían las órdenes, los macehuales hicimos otra Cruz de la madera del mismo Árbol; y esa fue la Santísima del Noh Cah (Gran Pueblo) de Santa Cruz, que después pasó a Xacal... del mismo Árbol se hicieron enseguida cruces más pequeñas que fueron a San Antonio, a Chunpom, a Chan Cah y a Tulum... (Bartolomé, 1992: 183).

En la actualidad, este complejo sistema religioso sigue perviviendo gracias a la reconstrucción de los santuarios más significativos en el estado de Quintana Roo. La estructuración continúa siendo la misma, siendo Chumpon, Tixcacal Guardia, Chancah Veracruz y Felipe Carrillo Puerto los más socorridos y venerados (figura 3).



Figura 3. Centro ceremonial maya.

Los *nohoch* continúan comunicándose con la Santísima, quien sigue expresando sus mandatos a través de la palabra. Si bien la modernidad y la globalización han llegado a estos poblados, todavía las fechas que en inicio se tenían como festividades principales se siguen celebrando, entablando así comunicación con lo sacro.

Consideraciones finales

Los registros arqueológicos y las fuentes coloniales nos muestran la continuidad en las nociones ontológicas antiguas, las cuales sufrieron modificaciones por el advenimiento de un complejo religioso occidental, el cual realizó un sinnúmero de esfuerzos por erradicar las creencias nativas. Los mayas en cambio, introdujeron a su sistema preceptos católicos cristianos para reformular una religión que sabían, había de sufrir transformaciones como todo lo existente en el cosmos: los cambios

eran vistos como necesarios y ellos se adaptaron lo más que pudieron a estos. No tratamos de observar únicamente la pervivencia de lo prehispánico, nuestra labor como investigadores es observar los cambios y lo incorporado a estas estructuras y ordenarlo para comprender y mostrar el porqué en pleno siglo XXI esta religión sigue presente. La modernidad si bien ha tratado de occidentalizar a los *cruzo'ob*, ha servido también como intermediario entre diferentes formas de pensamiento que se han incorporado, avivando aún más su identidad, con la diferencia de tener presente que son hombres de esta era. La labor de la antropología, de la historia y de las ciencias sociales es el acercamiento a estos grupos para dar a conocer su modo de pensamiento y de vida, ordenando nuevamente datos que si bien están ya estudiados, replantearlos con nuevas teorías ofrecerá nuevas vetas para su acercamiento y estudio.

Bibliografía

- Bartolomé, Miguel Alberto (1992), *La dinámica social de los mayas de Yucatán. Pasado y presente de la situación colonial*, Colección Presencias 61, México: CONACULTA-INI.
- Bracamonte y Sosa, Pedro (1994), *La memoria enclaustrada: historia indígena de Yucatán, 1750-1915*, Colección Historia de los pueblos indígenas de México, Dirigida por Teresa Rojas Rabiela y Mario Humberto Ruz, México: CIESAS-INI.
- Careaga Viliesid, Lorena (1998), *Hierofanía combatiente. Lucha, simbolismo y religiosidad en la Guerra de Castas*, Colección Sociedad y Cultura en la vida de Quintana Roo II, México: CONACYT-Universidad de Quintana Roo.
- Caso Barrera, Laura (2002), *Caminos en la selva: migración, comercio y resistencia. Mayas yucatecos e itzáes, siglos XVII-XIX*, México: COLMEX-FCE.
- Chamberlain, Robert (1982), *Conquista y colonización de Yucatán 1517-1550*, núm.57, México: Biblioteca Porrúa.
- De la Garza, Mercedes *et al.* (1983), *Relaciones histórico-geográficas de la Gobernación de Yucatán*, Fuentes para el Estudio de la Cultura Maya I, Tomo II, México: UNAM-IIF-CEMCA.
- De la Garza, Mercedes (1998), *Rostros de lo sagrado en el mundo maya*, México: Paidós.
- Florescano, Enrique (1999), *Memoria indígena*, México: Taurus.
- Peniche Rivero, Piedad (1990), *Sacerdotes y comerciantes: el poder de los mayas e itzáes de Yucatán en los siglos VII a XVI*, México: Fondo de Cultura Económica.

- Recinos, Adrián (2003), *Popol Vuh. Las antiguas historias del quiché*, Colección Popular II, México: Fondo de Cultura Económica.
- Reed, Nelson (1971), *La Guerra de Castas de Yucatán*, México: Era.
- Reifler Bricker, Victoria (1989), *El Cristo Indígena, el rey nativo. El sustrato histórico de la mitología del ritual de los mayas*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Sánchez de Aguilar, Pedro (1900), “Informe contra Idolorum Cultores del Obispado de Yucatán”, *Anales del Museo Nacional de México*, tomo VI, Idolatrías y Supersticiones de los Indios, México: Imprenta del Museo Nacional, pp. 512-620.
- Vargas Pacheco, Ernesto (1997), *Tulum. Organización político-territorial de la costa de Quintana Roo*, México: UNAM-IIA.
- Villa Rojas, Alfonso (1978), *Los elegidos de dios. Etnografía de los mayas de Quintana Roo*, México: Instituto Nacional Indigenista.
- , (2003), “Los conceptos de espacio y tiempo entre los grupos mayances contemporáneos”, Miguel León Portilla, *Tiempo y realidad en el pensamiento maya: Ensayo de acercamiento*, México: UNAM-IIH, pp. 136.